



Descubre el poder, la historia y el cielo que late en este canto crucial de la liturgia

¿Alguna vez, en medio de la Misa, justo después de que el sacerdote dice «*Por Cristo, con él y en él...*», has sentido ese escalofrío cuando la asamblea entera estalla en un canto poderoso: «**¡Santo, Santo, Santo...**»? No es un simple interludio musical. Es un puente tendido entre la tierra y el cielo, un eco de la eternidad resonando en nuestro presente. Hoy, querido hermano, querida hermana, profundicemos en este momento sublime: el **Canto del Santo (Sanctus)**.

No Cantamos Solos: El Escenario Cósmico

Imagina la escena descrita por el profeta Isaías, una de las visiones más sobrecogedoras de la Biblia:

»El año de la muerte del rey Ozías, vi al Señor sentado en un trono excelso y elevado, y sus haldas llenaban el templo. Unos serafines se mantenían erguidos por encima de él; cada uno tenía seis alas: con dos se cubrían el rostro, con dos los pies y con dos volaban. Y se gritaban el uno al otro: *'¡Santo, santo, santo, Yahveh Sebaot! Llena está toda la tierra de su gloria!'» (Isaías 6:1-3).

Este es el origen. Los **serafines** (ángeles de fuego purificador) proclaman sin cesar la santidad absoluta de Dios. San Juan, en el Apocalipsis, nos muestra que esta alabanza es perpetua en el cielo:

«Los cuatro Vivientes... no cesan de decir día y noche: '¡Santo, santo, santo, Señor, Dios Todopoderoso, Aquel que era, que es y que va a venir!'» (Apocalipsis 4:8).

¿Qué Hacemos Cuando Cantamos el «Santo»?

¡Nos unimos a ellos! En ese instante preciso de la Misa, en la **Plegaria Eucarística**, la liturgia nos permite hacer algo asombroso: **romper las barreras del tiempo y el espacio para unir nuestras voces al coro incesante de los ángeles y santos que adoran a**



Dios en su trono celestial. No somos espectadores. Somos **participantes activos** en la liturgia del cielo. La tierra y el cielo se funden en una sola voz de alabanza. El «Santo» es el clamor de la Creación redimida reconociendo a su Creador y Redentor.

Desgranando el Texto: Palabra por Palabra, Grito por Grito

El texto que cantamos o recitamos es una síntesis poderosa de estas visiones bíblicas:

*Santo, Santo, Santo es el Señor,
Dios del Universo.
Llenos están el cielo y la tierra de tu gloria.
¡Hosanna en el cielo!
Bendito el que viene en nombre del Señor.
¡Hosanna en el cielo!*

- «**Santo, Santo, Santo**» (**Sanctus, Sanctus, Sanctus**): La triple repetición es fundamental en la tradición judeocristiana. No es solo énfasis. Es una **profunda alusión a la Santísima Trinidad** (Padre, Hijo y Espíritu Santo). Proclama la santidad absoluta, única, trascendente e inefable de Dios. Es un grito de asombro ante lo Divino.
- «**Señor, Dios del Universo**» (**Dominus Deus Sabaoth**): «Sabaoth» significa «ejércitos» o «huestes». No es un Dios de la guerra, sino el **Señor de todos los ejércitos celestiales (ángeles) y de todo lo que existe**. Es el Dios soberano, Creador y Sustentador de todo. Reconocemos su dominio total.
- «**Llenos están el cielo y la tierra de tu gloria**» (**Pleni sunt caeli et terra gloria tua**): La gloria de Dios (su presencia poderosa, su esplendor, su santidad manifiesta) **no está confinada al cielo**. Impregna toda la creación. La tierra, aquí y ahora, es también lugar de su manifestación. Este verso nos abre los ojos para ver lo sagrado en lo cotidiano.
- «**¡Hosanna en el cielo!**» (**Hosanna in excelsis**): «¡Hosanna!» es un clamor hebreo que significa «**¡Sálvanos, por favor!**» o «**¡Sálvanos ahora!**», pero que evolucionó hasta convertirse en un **grito de júbilo y aclamación**, como el que usó la multitud el Domingo de Ramos al recibir a Jesús (Mateo 21:9). Al gritar «¡Hosanna en el cielo!», unimos nuestro júbilo al de los ángeles y al de aquella multitud, aclamando al Salvador *aquí y ahora*.
- «**Bendito el que viene en nombre del Señor**» (**Benedictus qui venit in nomine Domini**): Este es el **clímax profético y cristológico**. Tomado directamente del Salmo



118:26, usado para recibir a los peregrinos y reyes, la Iglesia lo aplica con toda fuerza a **Jesucristo**. ¿Quién es «el que viene»? ¡Es Jesús! Y viene de una manera única y real en cada Misa: **en la Eucaristía**. Es la aclamación gozosa a Cristo que se hace presente en el altar bajo las especies del pan y el vino. Es la proclamación de que el Mesías esperado *ha venido y sigue viniendo* a nosotros.

- **Repetición de «¡Hosanna en el cielo!»:** El júbilo estalla de nuevo, reforzando la aclamación a Cristo que viene. Es un grito de victoria y esperanza.

Guía Práctico-Pastoral: Cómo Vivir el «Santo» con Plenitud

Este canto no es para «escuchar». Es para **VIVIRLO**. Te ofrezco esta guía para transformar cada «Santo» en una experiencia espiritual profunda:

1. **Prepara el Momento (Durante el Prefacio):** El Prefacio es una acción de gracias que culmina invitándonos a unirnos a los coros celestiales. ¡Escúchalo activamente! Deja que sus palabras te dispongan al asombro. La última frase del Prefacio («...cantamos sin cesar el himno de tu gloria») es tu señal: ¡ahora es cuando!
2. **Ponte de Pie con Intención:** La postura erguida no es solo formalidad. Es símbolo de **resurrección, respeto, y estar listo para la acción**. Levántate conscientemente, como quien se prepara para un encuentro trascendental.
3. **Eleva el Corazón y la Voz (¡Canta!):** Si puedes, **CANTA**. El canto expresa la alegría del alma de una manera única. Si no puedes cantar, **DECLÁMALO** con fuerza y convicción interior. No murmures. Proclama. Que sea un grito unánime de fe de la comunidad. Tu voz individual se funde en la voz de la Iglesia.
4. **Visualiza la Unión Celestial:** Cierra los ojos un instante al empezar (si te ayuda). Recuerda a Isaías, recuerda el Apocalipsis. **Imagina, con los ojos de la fe, a los ángeles y santos a tu lado, cantando contigo**. Siente que ese canto atraviesa el techo de la iglesia y llega al trono de Dios. No estás solo; eres parte de una multitud innumerable.
5. **Medita cada Palabra Mientras la Dices/Cantas:** No repitas mecánicamente. Cuando digas «Santo, Santo, Santo», piensa en la Trinidad. Al decir «Dios del Universo», reconoce su poder sobre tu vida y el mundo. Al proclamar «Llenos están...», abre los ojos de tu alma para ver su gloria a tu alrededor. Al gritar «¡Hosanna!», suplica y alégrate por la salvación que viene en Cristo. Al aclamar «Bendito el que viene...», **mira al altar con fe: ¡Es Él! ¡Jesús viene a ti!**
6. **Enfoca en Cristo que Viene:** El «Bendito el que viene» es el centro. Toda la alabanza trinitaria y angélica converge en **Cristo Eucarístico**. Dirige tu corazón con intensidad hacia Él en este momento. Es la preparación inmediata para el momento más sagrado: la Consagración.



7. **Deja que Resuene en tu Interior:** Después del «Amén» final, guarda un breve instante de silencio interior. Deja que la vibración de la alabanza y la presencia de Cristo, aclamado por ti y por el cielo, impregne tu ser. No pases página mentalmente de inmediato.

El «Santo» en tu Vida Cotidiana: Más Allá de la Misa

La experiencia del «Santo» no debe quedarse confinada a los domingos. Es un modelo para tu vida espiritual:

- **Reconocer la Santidad de Dios:** Practica el asombro ante la creación, ante la bondad, ante la vida misma como reflejo de su gloria. Di a menudo: «¡Santo eres, Señor!»
- **Unirte a la Comunión de los Santos:** Vive consciente de que tu oración, tu lucha, tu alegría, están unidas a las de la Iglesia militante (en la tierra), purgante (en el purgatorio) y triunfante (en el cielo). No estás solo en tu camino de fe.
- **Aclamar a Cristo que Viene:** Espera a Cristo no solo en la Eucaristía, sino en cada hermano, en los acontecimientos diarios (gozosos y dolorosos), y en su venida gloriosa al final de los tiempos. Vive con la actitud del «¡Maranathá! ¡Ven, Señor Jesús!» (Apocalipsis 22:20).
- **Proclamar con la Vida:** Que tu vida entera sea un «Hosanna» continuo, un testimonio gozoso de la salvación que has recibido y de la esperanza que te sostiene. Sé un reflejo de la gloria que llena el cielo y la tierra.

Conclusión: El Eco de la Eternidad en tu Hoy

El próximo domingo, cuando escuches las primeras notas o las primeras palabras del «Santo», recuerda: **No estás iniciando un canto, estás entrando en uno que nunca cesa.** Estás uniendo tu voz débil pero llena de fe al torrente poderoso de alabanza que brota del corazón de los serafines, de los santos, de la Iglesia de todos los tiempos. Estás reconociendo al Dios Tres Veces Santo, cuya gloria inunda el cosmos. Y estás aclamando, con un júbilo que estremece los cimientos de lo cotidiano, a Aquel que viene: **Jesucristo, el Salvador, presente en el altar, presente en tu hermano, presente en tu vida.**

Deja que ese «¡Santo!» no sea solo una palabra en un libro, sino el grito de tu alma sedienta de Dios. Deja que ese «¡Hosanna!» sea tu grito de esperanza en medio de las batallas diarias. Y sobre todo, cuando digas «¡Bendito el que viene en nombre del Señor!», hazlo con los ojos del corazón bien abiertos para reconocerlo y recibirlo. Porque en ese instante, hermano, hermana, **el cielo toca la tierra, y tú estás en medio, unido al coro eterno.**

¡Santo, Santo, Santo es el Señor! ¡Hosanna en las alturas!